

Una avidez desabrida

Alfredo J. Borja



Capítulo 1

Ese ruido sorpresivo, a menos de un metro de distancia me despierta de buenas a primeras, hasta que de muy mala gana logro girar la manija y apagar su rutinaria musicalidad que al menos hoy, me arrancó de un sueño nada agradable así que en parte también se lo agradezco. Me pongo de pie, toco el interruptor y acto seguido un foco encendido va dando inicio a mi nuevo día. Observo aun a medio despertar mi alrededor, todo está en el lugar adecuado excepto unas prendas que ayer por la noche yo mismo las dejé, ahora recuerdo su finalidad así que voy de inmediato por la plancha y me pongo en marcha. Nunca he dejado que otra persona lo haga, siempre he tenido la percepción que al menos, en cuanto a planchar una camisa o un pantalón se tratase, nadie lo podía hacer mejor que yo, es la parte quizá oscura de mi ego, pero también había la enorme posibilidad que todo ello fuera a causa de que, si estuvieran mal planchadas, no tendría a nadie más que culpar, que a mí mismo. Así inicio mis batallas con aquellas líneas que se resisten a desaparecer de la camisa de forma reiterada. Después de tanta insistencia, culmino y decido darme una ducha para mejorar los ánimos. El agua golpea livianamente todo mi cuerpo y me produce una sensación de frescura y satisfacción, cuando abro los ojos, me percató que aun sigo vestido con el buzo polar color negro y un polerón azul marino con el logotipo gigante de una de las empresas para la cual había trabajado antes y estoy acobardado por el frío, recién entonces decido desprenderme de ellas y entrar a la bañera. Abro la llave y el agua sale tan helada que me hace dar un salto hacia atrás y soltar un: "¡mierda!".

Saliendo del baño observo el reloj en la pared de la sala y me doy cuenta de que son las 7:49 am. Según mis planes a esa hora tenía que estar camino al metro así que me doy prisa en cambiarme para partir luego. Cuando estoy finalmente anotando la dirección exacta a donde me dirigía, siento dos pasitos suaves y livianos acercarse detrás de mí, era mi hija de siete años. Me pregunta si ya me voy a ir a ver a ese escritor famoso del que tanto le he hablado el día anterior, le digo que sí, ella pregunta por enésima vez que si puede acompañarme, y le vuelvo a dar la misma respuesta que el día anterior por enésima vez, que no, que por esta vez no podía porque era un conversatorio completamente distinto que no abarcaba solo la literatura en sí, ella me comprende (o eso creo) y solo para culminar nuestro pequeño diálogo me dice: "pero cuando venga Cliff McNish, ¿isi me llevas eh!" Yo accedo sonriéndole. Aquella mujer era la autora de "Trilogía del Maleficio", unos relatos con los que ella y mi hija de cinco años habían quedado maravilladas. Entonces le doy un beso en la frente y me marcho.

Ahora estoy en av. Libertador Bernardo O'Higgins con Dieciocho, levanto un poco la camisa de mi mano derecha para intentar ver la hora y me doy cuenta de que, bueno, yo no utilizo reloj hace casi tres meses, entonces

recorro a mi única opción durante este último tiempo y saco de mi bolsillo el celular. Son las 8:05am. Un taxi es mi única salvación para llegar oportunamente a la conferencia. Uno que leyó mi pensamiento se detuvo, así que sin dudarle subí e indiqué la dirección de destino. Llegué a las 8:20am. Hay un guardia al que me acerco a preguntarle por el Salón Fresno, me hace la seña con el dedo índice en dirección a dónde debo dirigirme con una amabilidad, que si no mal recuerdo, es la primera vez que lo noto en tipos de este oficio. Luego de verificar el código de barra de mi entrada, sigo a paso firme hacia dicho salón antes mencionado. Desde el ingreso, una alfombra roja se impone ante mis ojos y, de inmediato, se vienen a mi mente recuerdos fugaces de los grandes eventos como los "Premios Billboard", "Los Oscar de la Academia", entre otros. Me sentí como Sixto Molina* en Hollywood, rodeado de Jennifer Aniston, Leonardo DiCaprio, Tom Cruise, y así aquellos interminables personajes. Todo esto era parte de mi nueva experiencia, así que ando inquietante mirando hacia mi derecha y hacia mi izquierda consecutivamente buscando dónde tomar un lugar.

Estar aquí empieza a producirme cierto grado de incertidumbre, veo a todas estas personas de alguna forma muy por encima de mí y aquello empieza a causarme cierta frustración aun sin haber iniciado dicho acto. Me minimizo estúpidamente más por mi apariencia de joven provinciano que por todo lo que he aprendido a lo largo de estos cortos veintisiete años. Después de dicho trance, tomo asiento. Desde que he llegado ha pasado ya casi media hora, se suponía que este conversatorio iniciaría a las 8:30am, pero ya son las 9:00am y aun no hacen su aparición ninguno de los personajes mencionados en la publicidad. Lo interesante de esto es que hace diez minutos una joven muy linda acaba de ocupar el lugar disponible que había al lado mío. Ojos verdes, tez clara, naricita respingada, se dispone con soltura a iniciar una conversación amena. En seguida estamos platicando perdidos del mundo exterior, dentro de aquel metro de circunferencia que nos une, le digo que soy extranjero mientras ella me comenta que viene de Coquimbo, una ciudad al norte de Santiago. Lo difuso aquí es que aquella mujer esbelta de aproximadamente 27 años se pierde con frecuencia bajo la pantalla de ese aparato que casi todos solemos ocupar ya sea por pretenciosidad o necesidad. De pronto, algo que ignoro me hace girar la cabeza hacia mi lado izquierdo en donde se encontraba la dichosa alfombra roja y observo a Álvaro pasar junto a Jorge Quiroga, logro observar también entre el tumulto a Tamara y a Ledezma, un poco más atrás, venía él. Su imagen no se alteraba en lo absoluto entre las imágenes de sus libros y lo que veía en ese instante. Sólo unos días antes había presentado acá en Chile formalmente su último libro: "La llamada de la tribu".

Escuchar aquellos expositores me produjo cierto grado de conformidad, aunque no absoluta pues ello solo hubiera sido fatal y deprimente para contrarrestar algunas opiniones propias. El auditorio aplaude las intervenciones. A las once, hora exacta, termina la primera etapa de la

conferencia y, aquel personaje crítico, polémico y liberal, se retira pasando nuevamente por mi lado izquierdo. Esta vez he tenido mayor oportunidad para verlo con claridad y detenimiento, aquella figura, aquel rostro, aquella omnipotente presencia que antes me había producido cierto grado de delirio como cuando las fans acaban de conocer a sus artistas favoritos en persona, ya no me produce absolutamente nada. Ignoro el producto de esa sensación extraña.

Minutos después, cuando son las 12:14pm. y la conferencia está a punto de iniciar la ronda de preguntas hechas por el público, decido salir del auditorio. Voy camino a la alameda, tomo un taxi y llego a casa. Al abrir la puerta, dos hermosas niñas risueñas se me lanzan con algarabía abrazándome y besando cada una de ellas mis mejillas, entonces, al cruzar dicha puerta, dejo atrás al personaje innato apasionado por la escritura y la cultura para dar paso a otro de igual estatus desarrollado en mí con el aprendizaje a través de la experiencia: el de padre, el de amigo, el de docente, el de gruñón, el de amo y esclavo, el de "papá".

*Personaje del cuento "El Chaco" de Julio Ramón Ribeyro.